

Recetas contra la economía de amigotes



610,8 KM.

Martí Saballs Pons
 @martí_saballs

El premio Nobel de Economía de 2006 piensa durante varios segundos la respuesta a la pregunta sobre qué empresa actual admira por sus innovaciones. “Parece que Google está haciendo cosas interesantes; aunque una vez me dejaron probar unas de sus gafas y no supe muy bien qué uso podía darles y..., déjeme pensar, Tesla, sí, la empresa fundada por Elon Musk. Siempre ha planteado innovaciones.” Edmund Phelps es uno de los académicos e intelectuales que considera que las innovaciones que estamos viendo en nuestros tiempos se quedan muy por detrás de las que hubo en el pasado. Un argumento que, con ejemplos muy claros, ha expuesto Robert Gordon en lo que es ya un clásico: *The rise and fall of American Growth*. Sus teorías no le han granjeado aplausos en Silicon Valley. Para Phelps, Internet y las empresas que lideran este sector, no define por sí solos la innovación. Quien lo define es la innovación industrial, hoy por debajo en términos de productividad de lo que fue hace años.

Phelps, en un reciente almuerzo en Barcelona, argumentó sobre algunos de los apuntes de su libro, recientemente traducido al castellano: *Una prosperidad inaudita*, una obra imprescindible que debería leer cualquier político o aspirante a serlo. Para él, en los estados occidentales modernos el sector público ha desarrollado un sistema corporativista que ha extendido sus tentáculos afectando la creatividad, el dinamismo, la innovación y la vitalidad empresarial. Diagnostica: “El corporativismo ha acarreado una eclosión de regulaciones, subvenciones, préstamos, garantías, impuestos, deducciones, subcontrataciones y desinversiones... dirigidas principalmente a favorecer los intereses creados, los clientes políticos y los amigotes. La protección de estos intereses cierra la puerta a que irrumpen en el mercado actores nuevos con ideas nuevas.” Cuando los ministerios, las consejerías y los distintos niveles de la administración quieren crear valor, solo hacen que crear barreras a libertad de empresa. Esta interrelación tan estrecha entre mundo empresarial y político es, finalmente, la que acaba gestando y alimentando los casos de corrupción. Esto nos suena. Ocurre en España, en Suecia y hasta en Malta.

Phelps considera que vivimos tiempos en que se ha devaluado el papel del trabajo, de los valores tradicionales de lo que debería ser una economía moderna: enseñar a asumir

riesgos, aventurarse, experimentar y ser curioso. Uno de los principales ataques contra el valor del trabajo: “Desde un punto de vista moral es una desgracia asegurar una renta básica universal.” Para él se lanza un mensaje de que esforzarse no es importante. Se está confundiendo ayudar a quien realmente lo necesita con un sistema social justo a patrocinar la vagancia e impedir la meritocracia. Un debate que también nos suena.

El Nobel arremete contra el cortoplacismo empresarial de las compañías cotizadas y los sistemas de remuneración: “Impulsa a los altos directivos a buscar las ganancias a corto plazo antes de las que se podrían obtener a largo plazo invirtiendo en innovación.” Pide una renovación de los fondos de inversión para que dejen de amenazar a los directivos de las empresas y apuesta por reestructurar el sistema financiero, volviendo a separar la banca comercial de la estrictamente dedicada a operar en los mercados financieros. A veces incluso nos olvidamos que la burbuja

hipotecaria en Estados Unidos fue avallada por las agencias hipotecarias estadounidenses Fannie Mae y Freddie Mac al grito de “todos los ciudadanos tienen derecho a ser propietarios.” En España fueron las cajas de ahorros controladas por diputaciones, autonomías y contubernios público-privados las que peor gestionaron los riesgos y donde se produjeron más abusos de gobernanza, por ser generoso.

Para Edmund Phelps pasar del círculo vicioso en que hemos entrado en nuestras sociedades a un nuevo círculo virtuoso suena sencillo. Basta con reformar las instituciones empresariales y financieras; despejar la densa niebla de regu-

laciones y de contratos para eliminar barreras; reinstaurar la responsabilidad fiscal en los Estados para que el sector privado no tenga la sensación de que los impuestos que paga se desperdician. En definitiva, que las instituciones vuelvan a generar confianza en los ciudadanos y las empresas. Sumado a todo eso, lo primordial: una educación centrada en recuperar los valores del trabajo bien hecho y el esfuerzo. De esta manera, aunque no será de hoy para mañana, nuestras sociedades serán capaces de generar más innovación, mejor empleo, ser más productivas y pagar mejores salarios.

Las recetas teóricas basadas sobre estudios empíricos sirven para encender las luces largas y ayudar a guiar. Los mundos felices a los que todos aspiramos impedirán entonces el resurgimiento de propuestas políticas populistas de izquierdas y derechas que responden a las inquietudes y miedos de parte de una sociedad que se ve sin futuro. Soñemos.



El premio Nobel de 2006, Edmund Phelps.